

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

De Política y Cosas Peores

Armando Camorra

Er an dos tipos sumamente bajos de estatura. A uno le decían “El hombre de acero”, de a cero metros, y al otro lo apodaban “El príncipe charro”, por no llamarle “el pinche chaparro”. Una noche fueron con sendas mujeres al Motel Kamawa, y la mañana siguiente se reunieron a comentar sus respectivas experiencias. “El hombre de acero” relató: “A mí me fue muy mal. Me puse tan nervioso que sufrí un severo episodio de disfunción eréctil. Todas las artes que la mujer usó para ponerme en aptitud de hacer obra de varón resultaron infructuosas”. “A mí me fue peor -contó, mohíno, “El príncipe charro”-. Yo no pude ni siquiera subirme a la cama”. (Zonzo. Lo hubieras hecho en el suelo. Eso tiene algo de sensual, aunque también de incómodo, sobre todo para la dama, a menos que lo hagas tú abajo y ella arriba, postura aconsejada en este caso tanto por la buena educación como por la caballerosidad. Para otra vez ya sabes). A este amigo mío le preguntan: “¿Cómo te va?”. Responde: “Bien y mal, para saber de todo”. Suele comentar: “Cuando un rico no trabaja dicen que es porque está deprimido. Cuando un pobre no trabaja dicen que es por güevón. Pues yo voy de deprimido pa’ güevón que vuelo”. Mi amigo es pequeño empresario en una ciudad norteña. Opera una fabriquitita en la cual ocupa a seis trabajadores. Les paga el salario que corresponde a su empleo. Y una cosa le preocupa: ninguno de ellos quiere que lo inscriba en el Seguro Social. Aducen todos: “Nos rebaja mucho de nuestro sueldo y no nos da ningún servicio. A veces no tienen ni siquiera vendas, y ni una méndiga aspirina. Nosotros tenemos que llevar las medicinas que necesitamos”. Uno le contó: “Mi señora dio a luz en una camilla, en un corredor, porque no había cuartos ni camas disponibles”. No cabe duda: la 4T ha atentado gravemente contra la salud de los mexicanos, especialmente de los

más desposeídos. Haber hecho desaparecer el Seguro Popular fue un acto sin fundamento y en extremo perjudicial. El Insabi es una entelequia que ningún beneficio ha traído consigo. A mi amigo, buen ciudadano, le preocupa estar incumpliendo la ley por no tener en el Seguro a sus trabajadores, pero son ellos los que no quieren estar ahí. Y pertenecen al pueblo bueno y sabio. Deben tener entonces la razón. El marido estaba concentrado viendo en la tele el final de la Copa de Latón, el trigésimo segundo campeonato de fútbol celebrado ese año. En un sillón de la misma sala su mujer y un individuo estaban entregados a deliquios amorosos que no son para ser descritos aquí por su extrema voluptuosidad y su frenética libidíne. De pronto la mujer vio la pantalla y en seguida le dijo a su pareja: “Será mejor que te vayas, Pitorrango. Está por terminar el primer tiempo y mi esposo puede darse cuenta de que estás aquí”. Un individuo solicitó un crédito en un banco. El gerente le pidió sus datos y luego le extendió un formulario para que lo llenara. Le indicó: “Al final ponga su nombre y firma”. Cuando llegó al calce de la solicitud el tipo le preguntó al del banco: “¿Cómo le dije que me llamo?”. Una mujer llegó sola a un restorán de moda, uno de esos donde te sirven en un enorme plato cuadrilongo, trapezoidal, romboide o de cualquier otra forma, menos redondo, una porción mínima de algo con una ramita de perejil encima, y luego te cobran 2 mil pesos por esa magnificente muestra de “cocina de fusión”. Ante el asombro del mesero la mujer sacó de su bolso un feo sapo y lo puso sobre la mesa. Le pidió al camarero: “A mí tráigame un whiskey en las rocas, y a él un tequila en un platito”. Advirtió la señora la mirada estupefacta con que el hombre veía al sapo y le explicó: “Fue mi marido antes de que le dijera ‘vieja bruja’ a mi mamá”. FIN.

Jaque Mate

Sergio Sarmiento

Tiros de precisión

“Hoy se trabaja con estrategia, con inteligencia y acciones concretas para dar tiros de precisión a las estructuras criminales”.

Rosa Icela Rodríguez

Esos “otros datos” que tanto le gustan al presidente nos muestran un México en que la inseguridad está siendo abatida con eficacia. Quizá los abrazos no han reemplazado a los balazos, pero los tiros -nos dicen- son hoy de precisión.

La secretaria de seguridad Rosa Icela Rodríguez reportó el 20 de junio que el robo de vehículos se redujo en mayo 45.8 por ciento frente al máximo histórico de enero de 2018, el secuestro 58.3 por ciento desde enero de 2019, el feminicidio 31.2 por ciento ante agosto de 2021. Los delitos del fuero federal disminuyeron 26.6 por ciento desde el inicio de este gobierno, los delitos contra la salud 25.6 por ciento entre enero-mayo de 2021 y el mismo período de 2022. Incluso los homicidios dolosos, del fuero común, cayeron 16.3 por ciento entre enero-mayo de 2021 y los mismos meses de 2022 “en los 50 municipios prioritarios”. Todo va requetebién.

Que el punto de comparación varíe tiene un propósito: el gobierno busca siempre la cifra más positiva. En los homicidios dolosos no solo cita un período favorable, sino que lo limita a “50 municipios prioritarios”. No menciona que mayo, con 2,833 homicidios dolosos, fue el mes más violento de 2022, ni que la cifra supera los 2,782 de noviembre de 2018, último mes de Enrique Peña Nieto.

El presidente sigue culpando al gobierno de Felipe Calderón, que terminó en hace casi 10 años, por los problemas actuales. Es cierto que con Calderón hubo un repunte de homicidios dolosos, pero los de tres y medio años de este gobierno, 121,665 (incluyendo feminicidios), suman ya más que los 120,463 de todo el sexenio de Calderón.

A veces las estadísticas palidecen ante los casos individuales. El país, por ejemplo, está conmocionado por el asesinato de dos jesuitas el mismo 20 de junio en una iglesia de Cerocahui, en el municipio chihuahuense de Urique. Los sacerdotes Javier Campos Morales (el “Padre Gallo”) y Joaquín César Mora Salazar fueron ejecutados luego de

que un perseguido buscó refugio en el templo; los cuerpos fueron sustraídos. “Los jesuitas de México no callaremos ante la realidad que lacera a toda la sociedad”, señaló un comunicado de la orden. Patricia Mayorga, coordinadora de libertad de expresión de la Red de Periodistas de a Pie, me dijo en radio: “En toda la Tarahumara están operando de la misma forma. Y nadie los toca. Con el cobijo de las autoridades”.

No sé si les den cobijo, pero las autoridades parecen incapaces de frenar la violencia. No han abandonado, por otra parte, la “guerra contra el narco”. El secretario de defensa Luis Crescencio Sandoval informó el mismo 20 de junio que de enero a mayo se dismantelaron 72 laboratorios y se confiscaron 1,735 kilogramos de metanfetaminas, 6,642 de marihuana, 13 de heroína, 5,314 de cocaína, 53 de fentanilo y dos de goma de opio. Se destruyeron, además, 6,570 plantíos de marihuana y uno, de una hectárea, de hoja de coca. No suena a que haya terminado la guerra. La violencia, mientras tanto, se mantiene entre las más altas del mundo.

Coincido con la secretaria Rosa Icela: es mejor usar la inteligencia y los tiros de precisión que andar repartiendo balazos. El triunfalismo, sin embargo, está fuera de lugar: AMLO dijo el 31 de enero de 2019: “Eso es lo que me importa, bajar el número de homicidios, de robos, que ya no haya secuestros. Oficialmente ya no hay guerra, nosotros queremos la paz”. Coincido con los buenos deseos, pero la guerra continúa y los homicidios también.

Secuestro

Ricardo Palma, cardiólogo de Chihuahua, divulgó ayer en Twitter: “El día de hoy me avisan que tras asesinar a dos sacerdotes en el poblado de Cerocahui, Chihuahua, sujetos armados irrumpieron en el Hotel Misión Cerocahui de Hoteles Balderrama y se llevaron a turistas, incluyendo a mi papá”. Twitter: @SergioSarmiento

‘Cristobalazos’

Sergio Aguayo

El martes 14 de junio, unos 40 criminales se apoderaron entre cuatro y cinco horas de una parte de San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Como el Estado les entregó todo el pueblo y se ausentó de las redes sociales, considero que estamos en una nueva etapa de la presencia criminal.

El presidente de San Cristóbal, Mariana Díaz Ochoa (PVEM), sólo aclaró en un comunicado que “la Policía Municipal es de carácter preventiva y no cuenta con la capacidad” para enfrentar criminales y que “desde los primeros momentos, solicité el apoyo de los cuerpos de seguridad de la Federación [y] del estado”. Después de esa justificación el edil y los 370 policías municipales se encerraron y se ausentaron de las redes sociales, que fueron ocupadas por la ciudadanía y los medios locales para informar lo que pasaba.

El gobernador de Chiapas, Rutilio Escandón (Morena), dio su versión de los hechos 29 horas después con un tuit y un video de 59 segundos. Se lavó las manos diciendo que “fue un enfrentamiento entre ellos”, entre “vándalos” que pelean “por los intereses del mercado”. Imitando la retórica del presidente informó que en “Chiapas tenemos un pueblo bueno” para luego lanzar una mentira más grande que el Cañón del Sumidero: “el ejército mexicano, la Guardia Nacional y las policías estatales inmediatamente pusieron orden”. Aderezó la proclama con cinismo: “le decimos al pueblo de San Cristóbal que no están solos y que si alguien comete algún delito se va a enfrentar a la justicia”.

El gobierno federal también abandonó a los habitantes de San Cristóbal y se alejó de las redes sociales. Los titulares de la Defensa y Guardia Nacional no han explicado por qué no salieron de sus cuarteles donde había centenares de uniformados; fue imposible obtener cifras precisas sobre cuántos militares había en la ciudad. El único que habló, y con parquedad extrema, fue el presidente en la mañana del miércoles 15 de junio. Adriana Esthela Flores de IMER Noticias le preguntó sobre los hechos violentos en San Cristóbal y otros lugares. El presidente minimizó lo acontecido en Chiapas: es “lamentable que existan estos grupos de choque muy cercanos a la delincuencia organizada”.

La periodista se apropió del micrófono

no y le lanzó otras cinco preguntas. El presidente habló de todo. Criticó cinco veces a Reforma, recordó a Porfirio Díaz y el robo del santo patrono de Juchitán, opinó sobre los linchamientos, descalificó a las dependencias estadounidenses según las cuales el 30 por ciento del territorio está dominado por el crimen organizado: “no es cierto, lo podemos probar”. Ninguna explicación sobre el sancristobalazo y mucho menos sobre la posible existencia de una Pax Narca (un entendimiento entre gobierno y criminales).

La presencia del Estado en Chiapas sigue deteriorándose. Chiapanecos bien informados me detallaron la expansión criminal que crecerá porque, me aseguran, en las elecciones de 2021 impusieron a sus candidatos en toda la frontera con Guatemala (la excepción es el enclave zapatista). Una confirmación fue el asesinato en 2021 de dos candidatos en esa entidad; uno de Morena y otro de Chiapas Unido.

Comparo brevemente el “culiacanazo” con el “sancristobalazo” porque muestra una nueva etapa en la presencia criminal. En 2019 el ejército detuvo al hijo del Chapo en Culiacán, Sinaloa; los carteles dieron una demostración de fuerza e inteligencia militar porque impusieron su ley en toda la ciudad. En San Cristóbal una banda mucho más pequeña salió a las calles con el mismo desparpajo para disputar un mercado. En Guerrero se pelean por las pollerías, sus convoyes transitan por brechas y carreteras y ponen sus retenes donde quieren. A la capacidad de ocupar territorio a cualquier hora del día podría llamársele “cristobalazo”.

Está haciéndose común que el Estado doble las manos ante grupos criminales grandes o pequeños. En San Cristóbal la novedad fue la entrega de las redes sociales; gobernantes y sus seguidores callaron ante la condena unánime de una ciudadanía enojada y asustada por su desamparo y por el vacío de poder.

Nota. Para un análisis más detallado de lo sucedido en redes ver “La toma del mercado de San Cristóbal” del Laboratorio de Odio y Concordia de El Colegio de México. <https://violenciaypaz.colmex.mx/publicaciones>

@sergioaguayo

Colaboraron Dulce Alicia Torres Hernández y Gabriela Cruz Alonso

Desde la frontera

Romen García Arteaga



Petro: una década transformadora para Latinoamérica

La victoria de Gustavo Petro y Francia Márquez en las elecciones del pasado domingo en Colombia es indudablemente un hecho histórico, por primera vez el país va a tener un gobierno de izquierdas. Este triunfo supone un cambio de paradigma en Colombia, pero tiene además una importante resonancia en el continente. América Latina atraviesa un cambio de ciclo.

La reconfiguración de la izquierda en América Latina ya es un hecho. Estamos ante un cambio de ciclo que se inició con la victoria de López Obrador en México en 2018. Desde entonces, la izquierda transformadora ha ganado las elecciones y desalojado a gobiernos de derecha en Argentina, Bolivia, Perú, Honduras y Chile. Además de mantener Venezuela, Cuba y Nicaragua. Esta semana a la lista se suma Colombia y todas las encuestas indican que en octubre también lo hará Brasil, con una victoria de Lula da Silva frente al ultraderechista Jair Bolsonaro.

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) acuñó el término “década perdida” para referirse a lo ocurrido con la economía latinoamericana con la crisis de deuda externa de los años ochenta. El ciclo abierto con la llegada de los gobiernos de izquierda en una ola que atravesó prácticamente todo el continente desde principios del milenio fue denominada en contraposición como parte del relato de la izquierda “la década ganada”.

Esta marea revolucionaria que llevó al poder al bautizado “socialismo del siglo

XXI” empezó a mermar sobre todo después de la muerte de Chávez en 2013. Venezuela entró en una grave crisis política, económica y social de la que aún trata de recuperarse. Dilma Rousseff fue víctima del lawfare que arrancó al PT el gobierno brasileño. El kirchnerismo en Argentina perdió el poder a favor de Mauricio Macri. Bolivia sufrió un golpe de Estado que obligó al presidente electo, Evo Morales, a abandonar el país. Lenin traicionó a Correa en Ecuador y favoreció la victoria de Lasso.

La historia reciente de América Latina ha estado plagada de momentos convulsos, injerencia extranjera -básicamente estadounidense-, golpes duros y blandos, presidentes autoproclamados y un sinnúmero de giros que han generado gran inestabilidad en la región.

Después de diversos experimentos de un neoliberalismo multifacético se abre un nuevo tiempo para la izquierda latinoamericana. La política pocas veces te da una segunda oportunidad, pero esta vez las fuerzas transformadoras la tuvieron. No pueden desaprovecharla. América Latina necesita y merece gobiernos a la altura de los retos del continente y del planeta. La lucha contra las desigualdades y la protección del medioambiente son dos de los ejes más importantes que deben marcar el rumbo.

Tras de la década perdida y la década ganada, la victoria de Petro en Colombia da a la izquierda la oportunidad de inaugurar un nuevo tiempo: una década transformadora para Latinoamérica.